



## El rayo de Apolo

**D**on Beto era un profesor de física retirado, no por decisión, sino por la vejez, a la que siempre intentaba engañar, pero no había caso, naturalmente, el tiempo ganaba.

La despedida que le hicieron en su colegio fue emotiva, le tenían gran cariño por su innegable paciencia al enseñar y la motivación que traspasaba a todos. Ese día hubo abrazos, llantos, risas y emocionantes discursos de sus colegas. Cuando volvió a su casa se sintió solo, su vida hasta entonces había sido enseñar, el silencio era duro, sobre todo después de acostumbrarse al ritmo del salón de clases.

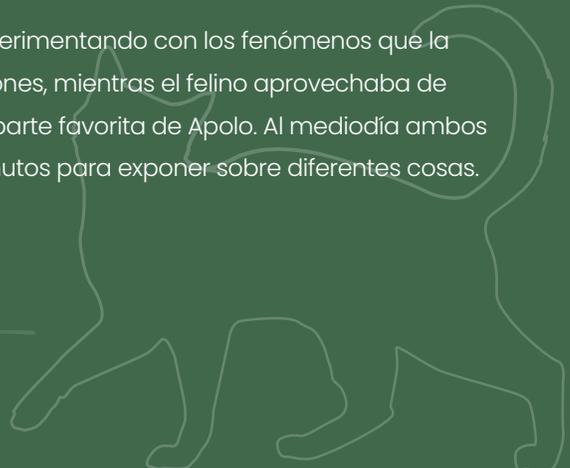
Ya los meses habían pasado desde su retiro, ahora Don Beto era devoto con el pequeño jardín que tenía, preocupado de que las plantas tuvieran un buen suelo para crecer y las movía, a lo largo del día, para que recibieran suficiente luz. Un día, mientras cuidaba una albahaca, escuchó un ruido en la reja que delimitaba el jardín. Se acercó, extrañado, pues hace tiempo que la casa vecina estaba desocupada. – ¡Ratones! – pensó enseguida. Tomó un saco que tenía cerca y comenzó a investigar. Para su sorpresa, atorado, no había un ratón, sino un pequeño gato. Parecía tener tan solo unos meses, estaba muy flaco y tenía más orejas que cabeza. Cuando vio a Don Beto, se asustó y comenzó a maullar, o al menos trataba, era un sonido muy agudo y desarticulado. Intentó escapar, pero sus patitas se quedaban en la reja, así que lo atrapó con facilidad.

El profesor nunca fue fanático de los gatos, pero tenía un buen corazón y no dudó en ayudarlo. Después de alimentarlo y darle un baño, pues estaba lleno de pulgas, el gatito ya estaba más tranquilo. Don Beto entonces sacó su teléfono para tomar una foto. La enviaría al grupo de vecinos para que lo adoptaran. El gatito se levantó, curioso, cuando vio la luz rebotando en la pantalla y proyectándose en la pared, comenzó a perseguirla. Don Beto sintió, asomándose, las ganas de enseñar, sabía que su amigo podría no entender, pero nunca dejaba pasar la oportunidad de explicar.

– Eso es la reflexión de la luz, un fenómeno que se ha estudiado desde tiempos antiguos, partiendo por el griego Euclides. – inclinaba el celular para continuar el movimiento – Esto es la reflexión especular, es lo mismo que sucede en los espejos. El ángulo del haz de luz que llega es el mismo del ángulo que rebota –. El pequeño felino parecía no escuchar la explicaciones, estaba demasiado absorto en el movimiento de luz. Don Beto sonreía mientras lo miraba correr y saltar. Sintió un cariño interior que hace mucho no se hacía presente, un calor en su alma por ver tanta alegría dentro de su hogar.

Guardó el teléfono y tomó al felino, abrazándolo. – Te llamarás... Apolo – Este comenzó a ronronear de inmediato.

A medida que el tiempo pasó, Don Beto y Apolo fueron experimentando con los fenómenos que la luz ofrece. El profesor ejercitaba su memoria con explicaciones, mientras el felino aprovechaba de jugar con cada rayo de luz. Después llegaba el descanso, parte favorita de Apolo. Al mediodía ambos tomaban el sol en el patio y el profesor dedicaba unos minutos para exponer sobre diferentes cosas.



– Es una actividad necesaria, sobre todo en jóvenes como tú y viejos como yo – comentaba mientras acariciaba a Apolo – debemos tomar sol al menos unos quince minutos diarios, con esto los rayos ultravioleta generan la fotólisis en un enlace de la molécula previtamina D. Luego, se transformará, por la temperatura de nuestro cuerpo, en vitamina D. Pasará después por el hígado y el riñón para convertirse en la forma activa de la vitamina D.

Apolo, ahora, respondía a las explicaciones con algún maullido corto o ronroneando mientras miraba a Don Beto.

Un día, inesperadamente, uno de sus antiguos colegas lo llamó, quería pedirle un favor – ¡Necesitamos que hagas una charla en la feria científica! Eres el mejor profesor de física que conocemos y sabes cautivar a los estudiantes –. No quería rechazar la invitación, pero se sentía fuera de práctica, había pasado meses sin dar una clase. Aceptó, sin saber muy bien de qué hablaría – ¡Gracias! Será en una semana –. Don Beto colgó, preocupado.

En los siguientes días Don Beto comenzó a idear un proyecto. Pasó muchas horas en su escritorio anotando y botando ideas, ninguna le convencía. Apolo miraba, curioso, a su lado, golpeando las bolas de papel que no llegaban al basurero. Los nervios estaban consumiendo al profesor, pensaba que había perdido su chispa de enseñanza.

Ya casi se cumplía la semana y todavía no había un proyecto, las horas pasaban y los cuadernos rápidamente se vaciaban. Una noche, el día antes de la feria, Don Beto se quedó dormido en su escritorio, el cansancio y la frustración habían ganado. Apolo durmió a gusto entre sus brazos.

Apenas salieron los primeros rayos de sol, el felino se estiró. Vio que el humano todavía dormía e intentó despertarle, pero sus patitas eran muy suaves, la luz era la respuesta. Comenzó a trepar los muebles y mover algunas fotos y pantallas que Don Beto tenía cerca, luego, se acercó a la cortina para moverla y dejar entrar los rayos de sol. Don Beto despertó al sentir el brillo en sus ojos, demoró unos segundos en reconocer que estaba en su escritorio y que el brillo no venía directo desde la ventana, era obra de Apolo. Fue entonces que supo cuál sería el proyecto. Tomó al felino en sus brazos y lo llenó de besos mientras le agradecía, este comenzó a ronronear.

Ya en la feria escolar, les dieron una sala oscurecida lo mejor posible. Don Beto, nervioso, sacó un puntero láser. Apolo tenía un corbatín que hacía juego con el del profesor – Lo que vamos a mostrar hoy estudiantes, ha asombrado durante años tanto a personas como a gatos – Apenas el profesor soltó a Apolo, este comenzó a ir de aquí para allá moviendo los espejos que habían preparado antes – vamos a presenciar la reflexión de la luz.



**Merlín Musari**